

De El Alto a Irpavi: un mapa hecho crónica

Tatiana Vargas Condori¹

*“Todas las cosas están relacionadas entre sí,
pero las cosas más próximas en el espacio tienen una
relación mayor que las distantes”.*

Primera ley de la geografía, Waldo Tobler.

5:00 am de cualquier mañana de 2011

Queda solo una hora para completar todo el ritual.

Un baño caliente, los apuntes, las prácticas incompletas en la mochila, el desayuno. Todavía esta oscuro, y los grados bajo cero del frío alteño me obligan a utilizar un abrigo que cubra la totalidad del cuerpo. Tengo diez minutos para llegar a la parada del bus, después, todavía dos horas más hasta llegar a Irpavi, la zona universitaria.

Son casi las seis y reconozco algunos rostros, entre ellos el de Rubén que está parado tratando de calentar sus manos. Lo saludo y le pregunto si había logrado terminar la tarea de cálculo, me dice que sí, le creo. Es el mejor de la clase, nunca lo he visto perder un examen, menos aun batallar con alguno de esos números que odio tanto. Rubén me agrada, también quiere ser geógrafo, aunque hablamos poco me siento muy cómoda a su lado. Cuando me pregunto el porqué de esa conexión, pienso en nuestro origen, en nuestro apellido que era el mismo *Condori* y en nuestros notorios rasgos aymaras que se hacían más visibles mientras más nos acercábamos al sur.

¹ Geógrafa, representante de Bolivia ante El Grupo de Trabajo de Pensamiento Geográfico Crítico Latinoamericano de CLACSO y miembro del Equipo Editorial en RELEG Revista Latinoamericana de Estudiantes de Geografía. yamilka.geo@gmail.com

Llega el momento de abordar, somos cuatro los que vamos ocupando lugares, dentro del bus no hay nada que llame mi atención, lo interesante ocurre afuera, en cada una de las paradas que hacemos. Los puntos de recojo son las enormes y coloridas casas que están dispuestas sobre la avenida. Hace un tiempo que las han bautizado como *cholets*, y al ser sitios donde la gente se gasta cantidades ostentosas de dinero permite que los dueños pueden enviar a sus hijos a universidades privadas, como es el caso de la mía.

Es así que hay estudiantes esperando todas las mañanas en “El nuevo Amanecer”, en “El Dragon de Oro”, o “el Titanic”. Conozco de memoria los detalles de cada casa, hay algunas que tienen intención de parecerse a barcos, otras cuentan con detalles que se asemejan a listones de oro en sus puertas, presumen ventanas de más de dos metros, sus paredes son verdes, rojas, moradas, brillan.

Hace días vi un documental donde mostraban que estas mansiones contaban con más de doce habitaciones, pisos térmicos, y hasta piscinas internas. Me pregunto cuánto dinero generan las fiestas en la ciudad de El Alto. Luego, pienso en mamá, ella también puede pagar mi carrera gracias a la música, al alcohol y a los corazones solitarios que pasadas las seis de la tarde buscan un refugio en el bar que ella administra hace ya bastantes años.

Puedo saber que estamos llegando al límite de la ciudad cuando observo la cruz de la avenida Juan Pablo II. Esa enorme figura que se construyó después de la visita del famoso religioso en 1988. Esa, que está dispuesta a pocos kilómetros de la estatua del Che Guevara, emplazada veinte años después. Ambas ubicadas en la zona central de la urbe, donde casi no existen viviendas ya que todo está ocupado por el mercado informal.

Siempre me ha llamado la atención que las calles que rodean el núcleo alteño estén vivas todo el tiempo, no descansan, uno puede caminar a cualquier hora y siempre hay gente y detrás de la gente luces, y si camina un poco más también hay música y aroma a comida callejera.

Solo estas dos construcciones son las que se mantienen inertes, pues, nunca más se volvieron a reunir 40 000 personas a celebrar misa en ese lugar, ni tampoco se retomaron los actos en

conmemoración al guerrillero argentino. Se han vuelto invisibles, al igual que los individuos que van dentro del vehículo. Lo poco que sé de ellos es que anhelan ser ingenieros, también que desean tener el grado de subteniente militar, por eso han elegido esta universidad.

El saludo a la bandera ha terminado, nos dirigimos a las aulas mientras suena la marcha naval.

—Sabías que en otros países geografía está en la facultad de Letras y Filosofía.

—No (seguido de risas), qué se supone que hacen ahí dentro.

No sé cómo responder a esa pregunta.

En Bolivia, la geografía se imparte en una sola ciudad y tiene carácter técnico. La Escuela Militar de Ingeniería, sitio en el que estoy ahora, fue la primera en crearla, el año 1950. Después, la Universidad Mayor de San Andrés, frena su apertura hasta 1984, esto debido principalmente a los gobiernos de facto.

“La razón para elegir ser ingenieros es que es más fácil encontrar trabajo”

Esa era una de las sentencias que casi la mayoría de los docentes nos mencionaban cada vez que relataban los orígenes de la carrera. En mi generación, son diez los uniformados destinados a mantener activo el Instituto Geográfico Militar, los otros seis somos sujetos que todavía no se imaginan dónde van a estar pasados los cinco años del pregrado.

Tal vez aquellos profesores tenían razón en muchas de las cosas que nos decían, sin embargo, yo no estaba ahí porque deseara llevar un *Ing.* antes de mi nombre.

Ser de la periferia y estudiar tan al sur significa preguntarse todas las mañanas por qué no había sido valiente para decirle a mamá que esperaría un año hasta la apertura de la universidad pública, si tan solo su “no debes perder el tiempo” no me hubiera asustado tanto, estaría alejada de toda esta parafernalia privada.

Perder el tiempo es lo peor que puede ocurrirle a un alteño. Es imposible darse el lujo de esperar, de relajarse un poco. Es por eso que las personas continuamente están en movimiento, siempre hay algo que hacer. Mi familia había normalizado que las cosas debían ocurrir así, también la familia de Rubén, quien desaparecía ni bien terminaba la mañana.

Desde el campus puedo distinguir los límites topográficos entre estas dos ciudades. Muchas veces no puedo creer que estoy tan lejos. Aquí todo es diferente, desde las casas que parecen sacadas de películas norteamericanas de los años 70s, hasta la temperatura que me obliga a deshacerme del cobertor que traigo por ropa. El primer semestre me está costando mucho. Anhele llegar al cuarto año para cursar geopolítica.

Solo faltan 30 meses, 912 días.

Aquí, muchos somos hijos de indígenas, pero a veces conviene no decirlo. Recién hace dos días, Cori, el compañero que viene de Huanuni; una importante zona minera ubicada en el extremo occidental del país, tuvo un altercado con el muchacho que tiene ese bonito apellido italiano, Sempertegui.

Este último, se molestó mucho por la forma de hablar que tenía el primero, quien lo había invitado a “patear balón”. Su enfado fue tanto que después, en un tono ensordecedor, sentenció que la forma adecuada de expresarse debía ser “jugar fútbol”. Todavía tengo grabado el rostro de desprecio con el que le hacía la corrección, lo recuerdo porque parecía estar diciéndolo también al grupo de amigos que tenía el increpado, nosotros.

Cori, dejó la universidad meses después, pero no lo hizo por aquella disputa, se fue a la mina, con su padre. Le iba muy bien, a veces venía a recogernos con los diferentes automóviles que se había podido comprar gracias al trabajo que ahora tenía. Nunca le dije que su nombre me gustaba mucho.

Cori en quechua significa oro.

Ese episodio me hacía pensar en lo obstinados que estaban algunos en mantener la consigna de que no todos podían estudiar en este tipo de recintos. De forma muy sutil, era posible identificar la intención de invisibilizar a un cierto tipo de sector. Esto lo confirmaba cada vez que observaba los gigantes banners publicitarios ubicados en pasajes céntricos de la ciudad. Siempre un par de jóvenes muy blancos ofreciendo la oferta académica. Espero algún día se animen a poner de modelos a estudiantes que vienen de barrios populares. Tal vez de esta forma, la universidad le haría un reconocimiento a aquellos que la mantienen con estabilidad económica todo el año.

“Un mapa es la representación gráfica de la tierra sobre el papel”

Como forma de práctica hay que hacer uno detallando nuestro recorrido, ¿Cómo voy a dibujar todo lo que hay en el camino desde casa hasta llegar aquí?

Es la primera vez que hago uno, mi mapa es un caos.

De todas maneras, he descubierto que son la mejor forma que tiene un geógrafo de narrar historias. Sé que en el futuro quiero contar de donde soy.

7:00 pm del 11 de diciembre de 2020

En cinco minutos estamos al aire.

—¿Qué es esto de ser ingeniera geógrafa?

Es la primera pregunta que me hace Gustavo Sposob, profesor de geografía en la Universidad de Buenos Aires. Esta es una entrevista² sobre el último artículo que escribí, porque comienza con esta interrogante.

Comprendo rápidamente que a él le parece muy curioso que los geógrafos bolivianos seamos ingenieros. No le voy a responder al igual que mis profesores en la facultad. No puedo decirle

² Entrevista realizada el 10 de diciembre de 2020, en el canal virtual *Educación ambiental en debate*, conducido por el profesor Gustavo Sposob en Buenos Aires, Argentina. <https://www.youtube.com/watch?v=5-9AeRXfwNM&t=18s>

que es porque así podemos conseguir trabajo de forma automática, eso no es cierto. Le explico entonces que todo se fue dando según los requerimientos profesionales en el país.

Mientras voy respondiendo sus cuestiones en relación a lo que nos hace diferentes, tengo unas incontrolables ganas de contarle que aquí también les parece curioso que ellos estén del otro lado.

Han pasado quince minutos desde la intervención, mientras Sposob va detallando los avances de mi pesquisa, me invade una sensación de satisfacción. Está claro que no se lo voy a decir en vivo, pero me ha costado bastante remar por la ruta atípica.

Nos despedimos.

Hace ya cuatro años que no vuelvo a ir con tanta frecuencia a Irpavi. Durante ese tiempo he trabajado en investigación, como maestra de cartografía y escribiendo libros para secundaria. Titularme ha sido lo mejor, porque solo después he llegado a conocer a Harvey, Santos, Moreira y a otros tantos.

También, he descubierto que la geografía puede ser feminista, que utiliza cine y literatura, que esta sumamente comprometida con el medio ambiente y la política. Parece tardía toda esta revelación, pero agradezco haber elegido el sentido contrario.

Quiero creer que esta actitud transgresora tiene relación con mi origen alteño. Pero, somos más de un millón de habitantes, es demasiado romántico imaginar que todos nos despertamos indignados contra la injusticia social. Parte de crecer es dejar de idealizar y es por eso que no quiero seguir creyendo que mi ciudad es un territorio de insurgencia constante. Tampoco me atrae la nada atractiva forma de llamarla “ciudad joven y empresarial”. Esta extensa porción del territorio es el resultado de años de migración y empoderamiento autónomo.

El Alto es un territorio que al igual que sus habitantes no pierde el tiempo, se expande de manera constante. Es un mapa que utiliza diferentes escalas para representarse.